

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12, 13.16-19): *Tú juzgas con moderación.*

Salmo (85, 5-6.9-10.15-16a) *«Tú, Señor, eres bueno y clemente»*

2ª lectura (Romanos 8, 26-27): *El Espíritu intercede por nosotros.*

Evangelio (Mateo 13, 24-43): *Dejadlos crecer juntos.*

La Sabiduría nos enseña la soberanía universal de Dios, lo que explica que no tiene que dar cuenta a nadie sobre los juicios que emite. Siendo Dios mismo la fuente de la justicia, sus juicios siempre son justos, sin que por ello se desprenda que sus juicios estén sometidos a otra ley que no sea su propia voluntad. Dicho de otra forma, Dios no está obligado a condenar a los transgresores, su misma justicia, la de Dios, puede perdonar al hombre. No lo entendieron siempre así quienes urgieron en nombre de Dios la condena del hombre porque muchos fueron sus pecados. En cambio, Dios, poderoso soberano, juzga con moderación y gobierna con gran indulgencia. Obrando así, dice la Biblia, enseñó Dios a su pueblo que el justo debe ser humano, y Él mismo dio incluso a los enemigos de su pueblo ocasión y tiempo para arrepentirse de sus culpas.

Con frecuencia el hombre siente el fracaso de sus aspiraciones al ver truncada su fidelidad a Dios; no consigue el hombre todo el bien que él quisiera; sus más nobles aspiraciones por reflejar la perfecta libertad de los hijos de Dios quedan ineficaces con frecuencia al descubrir vinculaciones con afanes y exigencias vergonzantes e indecentes. Es el Espíritu, Dios y Señor de todas sus criaturas, el que escudriña hasta lo más recóndito del corazón humano, el que viene en ayuda de nuestra debilidad. Sólo Dios conoce la medida exacta de las posibilidades de cada ser humano, y sabe hasta dónde llega la fortaleza y la debilidad del corazón del hombre; por ello nos ha dado su Espíritu, que gime en nuestro interior intentando hacer valer el deseo de Dios, sin destruir al hombre.

«Nada te turbe, todo se pasa, la paciencia todo lo alcanza, quien a Dios tiene, nada le falta...» son palabras y experiencia de Teresa de Jesús. Pero podemos decir que es experiencia cristiana, de hijos que se saben participando del Amor del Padre. De esta manera de actuar (claro, es que Dios no dice palabras –nos da Su Palabra–, sino que lo muestra bien claro) estamos llamados a aprender todos.

El evangelio nos presenta un hombre que sembró semilla en su campo, y junto a ella apareció también la cizaña. Es lo que sentimos en la vida, llena de posibilidades y deseos de plenitud, y todo lo que dificulta esa grandeza. Hemos sido creados por Dios Padre que cuida de todo, que juzga con moderación e indulgencia, pero no conseguimos del todo el bien que se nos da. Fijaos cómo nos presenta la Palabra de este día a Dios: es el Señor que actúa y enseña a su pueblo, se fía de la libertad humana, podemos hablar con Él... Es decir, que, aunque vivimos con cizaña, para que no se arranque lo positivo de cada uno, Dios deja que crezca todo junto, esperando con infinita paciencia a que llegue el tiempo de la siega. Nosotros deseáramos ver frutos ya, sin ninguna espera.

Lo que ocurre en nuestra vida ocurre también en los hechos que nos rodean y en el mundo. Todo ha sido creado para nuestro bien, tiene que servir a la vida de todos, y vemos que crece la cizaña y nos sentimos incapaces de evitarlo: la violencia, la amargura, la pobreza, la utilización de las personas, las ideologías excluyentes. ¿Cómo consiente Dios todo esto? ¿No es clemente y misericordioso? Quizá la pregunta es ¿cómo consentimos nosotros que tantos seres humanos, hermanos nuestros, vivan tan mal? No hay que preguntarnos dónde está Dios, sino dónde estamos y qué hacemos nosotros.

La parábola de la cizaña pone de manifiesto esta paciencia de Dios frente al celo desmesurado de quienes pretenden imponer un orden a rajatabla, que ignora la condición del hombre y que ciertamente no conoce el secreto de Dios: *«Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva»* (Ezequiel 33, 10). El tiempo que Dios da al pecador para que su conversión dure todo el tiempo de su vida, hasta que llegue el tiempo de la siega, el tiempo definitivo. Hasta entonces Dios quiere que nadie arranque la cizaña del campo, no sea cosa que junto con ella se arranque también el trigo. Se trata de una severa advertencia contra aquellos que celosos de su posesión de la verdad, proclaman su impaciencia ante el mal ajeno. En esta advertencia conviene recordar aquella otra de Jesús a propósito de quien quería limpiar la pequeña mancha del ojo ajeno, sin antes haber eliminado la viga que tenía ante sus propios ojos.

El tiempo de Dios y su paciencia, la presencia del mal creciendo junto con el bien, son elementos que no podemos discutir ante la lectura del evangelio. No podemos perder el juicio anticipándonos al juicio de Dios, que resulta mucho más paciente y lúcido ante el mal en su Reino; no podemos correr el riesgo de malograr la cosecha que Dios ha sembrado por un descuido o excesivo celo por atribuirnos el resultado de la siembra de Dios.

Un punto importante del evangelio: Dios siempre espera la siega. La siega es el tiempo en que se recoge la cosecha esperada, deseando que los frutos respondan al trabajo callado del labrador y de la tierra. Pues eso hace Dios: esperar a la siega para recoger los frutos que deberíamos dar acordes a la semilla recibida. Y el “trigo” almacenarlo en el granero. Pero atentos, guardarlo para luego repartirlo, para que sea alimento y dé vida. Aquí, hermanos, está nuestra responsabilidad y compromiso: dar trigo bueno para la vida del mundo. Aunque hagamos todo lo posible y no lo alcancemos podemos estar tranquilos, que no andamos solos: el Espíritu acude en ayuda de nuestra debilidad. Esto nos da Fuerza y nos llena de esperanza.